



Universidad
Europea
del Atlántico

III CERTAMEN DE RELATOS CORTOS UNIVERSIDAD EUROPEA DEL ATLÁNTICO

23 de abril de 2017
Día del Libro



Relato ganador y relatos finalistas

Presentación

A lo largo de estas páginas encontrarás una recopilación de las tres composiciones ganadoras del III Concurso de Relatos Cortos organizado por la Universidad Europea del Atlántico con motivo del Día del Libro. Una iniciativa que parte del Servicio de Biblioteca y que cada año invita a toda la comunidad universitaria a recordar el valor cultural de la literatura.

Profesores, alumnos y personal de administración y servicios han participado en un concurso que, por tercer año consecutivo, dejaba la temática y el género a elección de los participantes. En esta ocasión, la extensión estaba limitada a los dos folios y, como siempre, las composiciones debían ser originales e inéditas.

La extensión universitaria forma parte de la esencia de la universidad, tanto como la docencia o la investigación. Por ello, estoy especialmente ilusionado con la buena respuesta que hemos recibido en este III Concurso de Relatos Cortos y agradezco a los 17 participantes el esfuerzo e implicación demostrada.

Asimismo, traslado mi más sincera enhorabuena a los autores de los tres relatos ganadores: Cristian Hidalgo, Melisa Keller y Daniel Vázquez.

Rubén Calderón Iglesias

Rector

Índice

BRAMANTE de Cristian Hidalgo (Relato ganador)	-----	4
UN DÍA CUALQUIERA de Melisa Keller (Finalista)	-----	7
LA MÁQUINA DE ESCRIBIR de Daniel Vázquez (Finalista)	-----	10

Relato ganador

BRAMANTE

de Cristian Hidalgo

El día. Ese día del que todos hablan porque nadie quiere callar. Ese día del que los bardos compondrán tonadas y los parroquianos las bailarían y cantarían en las tabernas hasta reventar. Ese día que será recordado. En la historia. En la historia de un hombre. Y nadie en todo el lugar alberga la mínima duda de si este día será el día en que haga historia. Nadie duda menos él. La relatividad de la vida. ¿Hacemos historia o somos historia? ¿De verdad dejamos huella en la historia o la historia nos aplasta con crueldad dejando su huella en nosotros? Una vez pensó tener la respuesta.

Pero tampoco nadie le ha preguntado. A los ojos de la ignorancia, él es un valiente, un Dios entre hombres dotado de una capacidad que muchos quisieran tener. Le miran con celo, inquina y admiración, oscura admiración. Pero nadie se atreve a decirle nada. Es el día. Es su noche. Y lleva concentrándose para ello mucho tiempo. El Sol y la Luna fueron silenciosos testigos de sus esfuerzos. Una continuidad casi enfermiza, una dedicación portentosa para alcanzar lo que más ansía en esta vida.

Se lava las manos dos veces. Se lava los dientes, con delicadeza y esmero. Deben brillar esta noche. Vuelve a lavarse las manos, cree haber visto una mancha. Esta vez aplica un jabón de componentes más perfumados. No basta con parecerse, hay que oler como el personaje. Desodorante, agua perfumada y vuelta a lavarse las manos. Nada puede salir mal. Nada va a salir mal. Es su noche. Su noche. Tocan a la puerta del camerino. Alguien grita algo, pero él está demasiado ocupado preparándose. ¡Ni que fuera amateur!

Comienza a maquillarse. Debe estar perfecto, debe ser perfecto. La luz, las cámaras, los reflejos y las sombras. Todo hay que tenerlo en cuenta, nada debe salir mal. Es su noche. Su noche. Se mira en el espejo del camerino mientras aplica capa tras capa de sobresaliente perfección. Frente, cejas, ojos, nariz, labios... No se le escapa nada. Casi nada. El pincel vibra en su mano derecha. La izquierda frena su tensión sin que los ojos siquiera se centren. Esta noche no. Esta noche es su noche. Coge el bote de pastillas y se toma una. Sin pensar, decidido. Nada va a arruinar su estreno. ¡Nada!

Calienta la voz. Repasa las notas musicales en alto como si fueran un "Padre Nuestro". Moviliza lengua, labios y toda articulación facial. Como siempre ha hecho, como cuando era joven. Aprovecha el tiempo lavándose las manos con otro jabón especial. Este huele

demasiado a alcohol pero es el único fácilmente portátil que se ha traído. La puerta del camerino vuelve a sonar otra vez. Y se desconcentra. – ¡HE OÍDO LA PRIMERA VEZ! – vocea lanzando el bote de jabón. Odia que le interrumpen, pero odia más que le hayan hecho gritar. ¡Ahora tiene que volver a empezar con todos los ejercicios! Él no es un vago ignorante de clase baja. Él es artista. El artista requiere de un respeto. Requiere de un tiempo de preparación, al igual que un coche o un reloj. El brazo le vuelve a temblar. Ya no se acuerda por qué ejercicio iba. Rojo de ira, golpea con la mano abierta la mesa, tratando de contener su fuego interno. Es su noche. ¿No pueden entenderlo? Coge el bote de pastillas y se toma otra. Es su noche. Su noche.

De reojo mira el reloj. No se le puede pasar la hora. El vulgo espera su lección de sabiduría en tiempos puntuales. Es como un niño pequeño, escaso de atención. Sin embargo, no debe preocuparse. Su tiempo está bien medido. Incluso le sobra para mirar con añoranza una foto de su juventud más plena, junto a otros actores. Su familia. Todos ellos de la misma compañía. Aquella en la que se crió, creció y aprendió. Desde hace una semana es el último de ellos. Pone una silla delante de la puerta, trancándola. No sabe qué pasará fuera pero ¡demonios! cómo gritan. Esta es su noche, señores. ¡Su noche!

Es la hora de vestirse. Antes de tocar el traje busca dónde cayó su jabón de manos y se las vuelve a lavar. Medias, gambesón, cinturón en cuero, botas bajas y guantes de piel. Se mira al espejo para comprobar que, efectivamente, su traje está hecho a su completa medida. Y así es. Como si de una espada entrando en su vaina se tratase, el traje le viene igual. Sonríe inevitablemente. Las estrellas le van a envidiar.

Decide no repasar nada del guion; eso es para novatos. El guion va impreso en su memoria, igual que su ADN. Nació para este papel. Se lo llevan repitiendo días, meses, años... “Víctima, vas a acabar conmigo” –dice su hijo. “Deje de montar un papelón por todo y tómese la puta pastilla” –repite su dueña. “¡Mamá! El pesado del abuelo ya está fingiendo otro ataque” –termina el aborto de Satanás al que llama “nieto”. Años, meses, días, tiempo, historia.

Decide poner música para despejar por completo la mente. Es humano, no puede evitar tener pensamientos que le tienten al fracaso. Comienza a sonar el excelente “Brindis” de “La Traviata”. No puede evitar sonreír y tararear. Mientras tanto, la puerta asemeja estar a punto de estornudar una bocanada de gente que parece empujar desde el otro lado. Se escuchan gritos y esfuerzos, pero ninguno de ellos logra equipararse a la magia de Verdi, el cual les silencia en pos de una banda sonora digna de esta noche.

Con una copa de vino en la mano sigue tarareando y bailando como si una pareja le acompañara. Elegante, decidido y artístico. Danzando llega a abrir la ventana del balcón. Casi de un salto se sube a la repisa. Un paso en falso y caería desde un octavo piso. Pero decide respirar hondo, con una sonrisa en la boca. Tal y como esperaba, las estrellas y la Luna han venido a verle. Siempre tan leales. Silenciosas pero capaces de dar una cálida compañía en los momentos de oscuridad. Inevitablemente dos lágrimas comienzan a recorrer su agrietada piel. Pero no llora de tristeza, no, sus lágrimas son de felicidad. Delante de él toda su compañía le espera, están volando junto a las estrellas, esta vez no hay bramantes que les sujeten. Tienen los brazos abiertos, incluso han traído un ramo de flores para recibirle. El gran estreno espera.

Intenta hablar pero no es capaz de articular palabra, y pronto, todos sus amigos, comienzan a ascender lentamente hacia las estrellas. Sorprendido trata de alcanzarles con la mano. No pueden irse ahora, no pueden dejarle solo en estos retales de vida en los que se encuentra. La que fue el amor de su vida y madre de sus hijos detiene su ascenso y le mira. Con esa sonrisa. Le tiende la mano para que pueda seguir con ellos. Solo un salto les separa, un salto y hará historia.

Y saltó, y por una noche bailó entre las más grandes estrellas.

Segundo finalista

UN DÍA CUALQUIERA

de Melisa Keller

El sol brillaba en el cielo limpio del otoño. La ciudad se veía igual de apacible que siempre. El que no descansaba era el espíritu de Paula, que se encontraba convulsionado por ese día que, según avizoraba, iba a ser importante en su vida. Según decía, era normal que su espíritu en ebullición la llevara a ponerse pruebas en el camino más seguido de lo que deseaba. Es que, qué significaba la vida si no podía sentirse viva, reír, llorar, luchar, amar, apasionarse, desenamorarse y convencerse de que estos sobresaltos no tenían sentido, de que su vida estaba bien así. Que nada cambiara era su deseo y, sin embargo, verlo una vez más la hacía dudar. No dudar de su amor por Juan, sino dudar del camino del que pocas veces y con demasiados remordimientos se permitía apartarse, de la apacibilidad fingida del exterior, que no era un reflejo de su alma inquieta. Así era Paula, apasionada, vehemente, valiente, inconformista. Sus días se debatían entre respetar sus fuertes convicciones y reglas autoimpuestas o lanzarse a la aventura. Tenía un ímpetu al que le costaba someter. Sí, someter, porque un día cualquiera en la vida de Paula era un desafío para no caminar por la cornisa o saltar al vacío. Le tomó un tiempo aceptar que su esencia no estaba hecha para ser comprendida por todo el mundo, ni siquiera por los más cercanos, pero había llegado a la conclusión de que estaba bien así; ella era feliz.

Aunque habían quedado a las cuatro, salió sobre las dos de la tarde. Como estaba un poco nerviosa, caminó por el parque para aplacar sus ánimos. Tenía miedo de muchas cosas, pero el peligro más grande era el que bullía en su interior; el de no poder resistir, el de darse cuenta de que él todavía le importaba demasiado, el de echar todo por la borda sin importar el después. Siempre supo que no quería comprometerse a nada con él, que eran incompatibles, pero aún así, le costaba mucho desprenderse de su recuerdo. Le gustaba peligrosamente envolverse en ese juego hacia el que él la guiaba con mano diestra y seguridad. En este momento, ella tenía su vida, y a su amor, pero a punto de dar un giro importante y cambiar su destino, decidió que esta sería la última vez. Debía ser así.

De repente se preguntó cómo habían retomado el contacto unos días atrás y cómo había terminado aceptando el encuentro. Se sentía culpable por no poder aguantar la tentación de verlo una vez más. ¿Por qué necesitaba ponerse a prueba? No lo sabía, y a estas alturas, tampoco importaba. Iba caminando a su encuentro como una adolescente de dieciséis años, expectante e insegura, casi como la primera vez que lo había visto y se había dejado atrapar por esa atracción irrefrenable que la unía a él. Porque de algo no tenía

dudas: no lo podía controlar. Se había planteado varias veces no ir, pero la historia con él la había marcado. Y aunque esa historia no fuese la historia de su vida, siempre anhelaba volver a sentir la intensidad de esos encuentros explosivos en los que su espíritu inquieto se sentía vivo y libre. Ahora ya estaba ahí y era la hora acordada: tenía que saber cómo iba a acabar.

A pesar de que había recreado en su mente muchas veces cómo se iban a saludar y qué le iba a decir, lo vio acercarse lentamente, con ese andar cansino y conocido y se sintió extraña. Se besaron en la mejilla y decidieron sentarse en un bar del centro a tomar unas cervezas. Previendo que la cercanía sería una tentación, Paula se sentó en la diagonal más alejada que pudo. Aunque él no notó la estrategia, esa lejanía física lo invitó a esbozar una sonrisa que ella notó y que la hizo sentir ridícula por un instante. Comenzaron a hablar animadamente de sus vidas y sus actividades del presente y rápidamente retomaron la confianza que se pierde luego de no verse por un tiempo. Después de un rato, ya más tranquila, Paula pensó que no había de qué preocuparse. Pero con el correr de las horas, lo que al principio habría pasado como un encuentro de viejos amigos, comenzó a tomarse más pesado. Las risas dieron lugar a miradas intensas y silencios incómodos y de alguna forma, Paula supo que había llegado el momento de decidir si seguir adelante como tantas otras veces o despedirse y terminar con todo.

Dejaron el bar y caminaron lentamente hacia el coche. Se acercaba el momento que ambos habían estado posponiendo desde que se habían sentado a tomar la primera cerveza. Él guardaba un silencio intencionado, que a ella la ponía muy nerviosa. Así se lo dijo, pero él parecía decidido a no ceder en su intento de callar lo que a todas luces era obvio y que Paula intuía: estaba enamorado. Pero en el amor, los tiempos son tiranos y a pesar de los esfuerzos para reconquistarla, ella parecía convencida de que ese no era su momento. La miraba y callaba, pensando de qué forma iba a despedirse y dejarla ir. No quería hacerlo. Ella no lo quería cerca, porque la tentación era muy fuerte. No quería engañar a Juan y arruinar lo que tenían: estaba enamorada de su novio y no tenía dudas de eso, pero sobre todo necesitaba demostrarse que podía vivir con esa dualidad que la habitaba. En un intento desesperado por disipar la atmósfera pesada que reinaba a su alrededor, ella sacaba temas de conversación irrelevantes. No quería dirigirse a él como en el pasado, cuando esas miradas se convertían en cómplices y todo acababa en risas, abrazos y besos. Le quitaba el aliento la forma en que la miraba. Sus ojos decían lo que la cobardía no le permitía expresar, y a pesar de que ese día no fue la excepción, Paula supo que algo había cambiado en él.

Al despedirse, se abrazaron fuerte y ambos sintieron que se acercaba el final. En un impulso que no pudo contener, él la empujó contra el choche, le tomó la barbilla y la besó. No se trató de un beso suave, más bien fue un asalto apasionado en el que la boca de ella desapareció en la de él. Cuando pensó que la sentía ceder, se separaron suavemente del abrazo y ella esbozó un inaudible "no puedo", al mismo tiempo que él pronunciaba un suave "te quiero". Se quedaron mirándose, estáticos y con los ojos muy abiertos. Ella pudo ver en los ojos de él la mezcla de emoción y tristeza del momento y le dijo "lo siento". Dio media vuelta y se subió al coche con la respiración agitada. Los pensamientos emergían sin cesar y se mezclaban con sentimientos de culpa, miedo, emoción y adrenalina. Con las manos temblorosas, puso el coche en marcha decidida a abandonar el aparcamiento tan pronto como pudiera, pero antes, no pudo evitar levantar la vista. Lo vio por el espejo retrovisor alejarse derrotado y sintió un vacío inexplicable, con un dejo de tristeza por lo que no había podido ser y no iba a ser nunca. Él no volvió la vista y ella no tuvo el coraje de



detener el coche y correr a buscarlo. Y descubrió que algunas veces, alguien entra en tu vida y te cambia, te provoca, te hace sentir vivo. Hasta que un día se va. No se queda. Y no hay explicación, no se sabe por qué. Pero permanece en tus recuerdos para siempre. Paula llegó a su casa, se duchó y se metió en la cama, todavía conmovida por lo que acababa de vivir. Pensó que estaba lista para enfrentar la nueva vida que se acercaba. Y así se perdonó, de verdad, por haberse encontrado con él y por dejarlo ir esta vez, y entendió que un día cualquiera a todos nos puede pasar, a la vuelta de la esquina.

Tercer finalista

LA MÁQUINA DE ESCRIBIR

de Daniel Vázquez

Es la madrugada del 11 de diciembre. Mi avión privado acaba de llegar de Estocolmo y lo primero que hago es sentarme frente a la máquina de escribir. El traqueteo armonioso de la máquina suena acorde a la fluidez de mis pensamientos en momentos de inspiración. Y en estos momentos, mi musa es la misma que me ayudaba hace exactamente un año. En esta ocasión, mi viaje a Suecia era para aceptar mi propio premio. Un nobel de literatura fraguado un año antes, al aceptar ese mismo premio, pero en otra situación muy diferente. Por aquel entonces, subí al escenario del Palacio de Conciertos de Estocolmo, meta final para cualquier escritor que se precie, para aceptar el honor en nombre de mi esposa. Sin embargo, ella se encontraba en la ciudad, y la estuve esperando durante toda la ceremonia. Pero nunca llegó. En el momento posterior a la entrega del premio, y tras un tímido discurso de aceptación por mi parte, se anunciaba en la sala el asesinato de mi esposa.

Ella era una persona maravillosa. Nos conocimos en la universidad. Dos entusiasmados estudiantes de Periodismo, enamorados a primera vista. Labramos juntos un futuro lleno de sueños, esperanzas. Pero al salir de la facultad nos golpeó la realidad. La carrera no nos proporcionó ninguna salida adecuada y malvivíamos con sueldos de broma. Así y todo, éramos felices. El amor que nos profesábamos bastaba para tumbar cualquier dificultad. Ese amor, y la pasión común que compartíamos: la literatura. Buscábamos a las musas en nuestra monotonía diaria. Era una vía de escape, un mundo de fantasía en el que evadirnos. Cuando uno de los dos se inspiraba, comenzaba a recitar sus ideas al otro, que se ponía frente a la máquina de escribir, en la que escribo ahora mismo, para plasmarlo en papel. Éramos el equipo perfecto, una unidad indivisible. Pero ella, claramente, era el capitán de nuestro barco. Su manera de devorar libros la ayudaba a ser una mezcla de Emily Dickinson, Virginia Woolf y Henning Mankell. Era capaz de crear cualquier tipo de historia, desde la mayor historia de amor jamás contada hasta el crimen más imperfectamente perfecto. Y esa, precisamente, era mi debilidad. Solo sabía escribir sobre mi vida. Y contar la historia de mi vida no me iba a dar dinero. Era aburrida, monótona, y por mucho que me esforzaba, mi prosa no era suficiente para embellecerla. Era el ala débil de nuestro equipo. Sus creaciones empezaron a destacar y ganaron cierta repercusión nacional. En poco tiempo, una importante editorial le ofreció un gran contrato. Le encargaron hacer una gran novela, y ella, aunque ambiciosa, solamente le pidió una

cosa a la editorial: que me ofrecieran a mí también un pequeño contrato. Ella confiaba en mí, sabía de mis capacidades y era mi mayor apoyo. Sabía que podía ser un gran escritor y que solo necesitaba una idea. Era lo que siempre había soñado hacer y ella me lo concedió. Pero la dichosa novela acabó con nuestro equipo. Ella comenzó a escribir por su cuenta, necesitaba soledad para escribir. Y yo seguía estancado. Aunque nuestras vidas habían prosperado económicamente, me seguía faltando la emoción, la vida de verdad, el argumento de la novela. Y ella avanzaba sin parar. Era una máquina creativa en el culmen de su inspiración. En pocos meses había terminado su novela. Numerosos ejemplares se vendían en las tiendas como agua en un desierto. Llegaron las firmas de libros, las entrevistas, la fama. Y una candidatura para el Nobel. No podía estar más feliz por ella. Teníamos la vida solucionada, juntos, enamorados, y ricos.

Pero había algo que me comía por dentro. Llevaba años escuchando de mi don innato para la literatura, de mi facilidad para darle a la pluma. Y aun así, era incapaz de crear nada. Ni una dichosa línea. Me sentía un inútil. Y todo su éxito me hacía sentir un fracasado, un cero a la izquierda de las manos del millón de dólares. Una pequeña frustración se hacía cada vez más grande dentro de mí. Necesitaba encontrar el punto de inicio de mi creación. Solo necesitaba eso para hacer lo que sabía. Podía ser mejor que ella. Debía serlo. La rabia hacia su éxito era la cerilla para encender una llama creativa. Pero me faltaba gasolina. Me faltaba ese algo sobre lo qué escribir. Y fui a por ello. Hace exactamente un año, mi mujer y yo nos preparábamos para la ceremonia en el Palacio de Conciertos. Por fin llegó el día en que le concederían el premio, que jamás recogería. Le pedí que se adelantara, que tenía un asunto pendiente. Su limusina se marchó. Bajé al parking del hotel y me acerqué a una furgoneta de reparto. Allí me esperaba un joven de etnia gitana con un mono de obrero. Subimos a la furgoneta y salimos. A los pocos metros, vimos la limusina averiada. Esa misma noche, había saboteado el vehículo para que sufriera una pérdida de aceite. Como había previsto, mi mujer continuó su camino a pie, pues no era muy extenso. Un par de calles después, detuvimos la furgoneta a su lado. Todo sucedió muy rápido. El gitano salió, la golpeó con una barra metálica y la metió inconsciente en la parte de atrás. Estaba emocionado. Podía ver por el retrovisor al gitano maniatando a mi esposa. Se me salía el corazón, pero me debía mantener frío. Llamé a nuestro agente. Mantener una conversación con él mientras conducía sería mi coartada. Le dije que estaba tomando un café cerca del hotel y que no tardaría en llegar. Entre tanto, aparcamos la furgoneta en un callejón y sacamos a mi esposa. Tirada en el suelo, llorando, cruzamos miradas por primera vez. No entendía nada. Veía el miedo en la palidez de su rostro. No le podía quitar los ojos de encima. El gitano se hizo a un lado, dejándome solo ante ella, y sin un atisbo de duda, le seccioné el cuello. Comenzó a sangrar. Comencé a llorar. De emoción. Estaba ante el momento cumbre de mi vida. Con un leve gesto de cabeza despedí al gitano, que ya sabía lo que debía hacer. Di la vuelta a la manzana para llegar al hotel por el lado contrario por el que debía llegar mi mujer. Pasé la noche tratando de aparentar que la emoción que sentía se debía al éxito de la premiada. No podía ser de otra manera.

Pasó la ceremonia, con mi actuación propia de un Óscar, y regresé a casa. Tal cual acabo de hacer ahora mismo, así hice hace un año y me puse a escribir. Acompañado de una botella de whisky, redacté todo lo que había sentido, todas mis frustraciones, toda la adrenalina que me recorrió aquella noche. Y como en un cuento de hadas, aquella novela llevó al viudo de la anterior ganadora a alzarse con el Nobel. Había llegado a la meta. Y así, me vuelvo a encontrar frente a la máquina de escribir. Ya me he terminado la botella de whisky, que hoy no está sola en la mesa. A su lado, un revólver y una bala. Deseo que



este relato quede como confesión de todo lo ocurrido hace un año. Voy a hacer lo que debo. Sé que allí arriba ella me está esperando. Estará orgullosa de mí. Lo conseguimos, compañera. Te quiero.